

RENOVACION ECLESIAL PARA UNA NUEVA EVANGELIZACION

Mons. Juan Esguerda Bifet

1. Una nueva evangelización

Desde el año 1983, la frase “una nueva evangelización” se ha abierto camino en conferencias y publicaciones. Su uso ya es frecuente y generalizado, pero apenas se encuentran reflexiones teológicas sobre su significado (1).

Fue Juan Pablo II quien primero lanzó la invitación a los obispos de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) en Puerto Príncipe, Haití, el 9 de marzo de 1983, indicando el motivo inmediato y señalando unas pistas de reflexión y de compromiso: “La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es compromiso vuestro como Obispos, junto con vuestro Presbiterio y fieles; compromiso no de re-evangelización, pero sí de una *evangelización nueva*: nueva en su *ardor*, en sus *métodos*, en su *expresión*”.

En Santo Domingo (11 y 12 de octubre de 1984), el Papa repitió la invitación, alentando también a compromisos concretos: “una intensa movilización espiritual... para cambiar los corazones mediante una evangelización renovada que sea fuente de vitalidad cristiana y de esperanza..., que despliegue con más vigor el potencial de santidad, en un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre”.

Desde esas fechas (1983-1984), en casi todos sus viajes pastorales, el Papa ha repetido la misma invitación, matizándola según el país o ambiente visitado. Siempre se trata de “una Iglesia comprometida en la ta-

1. J.A. BARREDA, *Una nueva evangelización para un hombre nuevo*. “Studium” 28 (1988) 2-34; F. TAMAYO *La Nueva Evangelización, ¿palabra de moda o proyecto histórico?*, “Cathedra” (Colombia), n. 7 (sept. 1987) 114-141. G,

rea de una nueva evangelización o evangelización renovada” (Perú, 15 de mayo de 1988). En las Iglesias jóvenes de misión (Africa, Asia, Oceanía) se hacen resaltar los valores de la Iglesia local para una evangelización realizada por esas mismas Iglesias, como inserción del evangelio en las diversas culturas. En el mundo occidental se indica una re-evangelización de una sociedad secularizada.

En América Latina, se recalcan los tres puntos: nuevo ardor o disponibilidad de los evangelizadores, *nuevos métodos*, pastorales y *nuevas expresiones* de la doctrina, de la piedad y del culto, siempre con referencia a la propia cultura. La celebración de los quinientos años de evangelización (1492-1992) debe ser un punto de llegada y un punto de partida para una nueva y más fecunda etapa evangelizadora. La carta del Santo Padre a los religiosos del Brasil hace relación a la vida consagrada: “Queréis poner al servicio de la nueva evangelización las inmensas energías personales, comunitarias, institucionales y carismáticas de la vida consagrada, con los ojos puestos en las necesidades más urgentes” (Carta de Juan Pablo II, 11 de julio de 1989).

La invitación es para toda la Iglesia y para todas las vocaciones y ministerios: “En los umbrales del tercer milenio, toda la Iglesia, Pastores y fieles, ha de sentir con más fuerza su responsabilidad de obedecer al mandato de Cristo: ‘Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación’ (Mc 16, 15), renovando su empuje misionero. Una grande, comprometedora y magnífica empresa ha sido confiada a la Iglesia. La de una *nueva evangelización*, de la que el mundo actual tiene una gran necesidad” (*Christifideles Laici* 64).

Si la expresión “nueva evangelización” es reciente no lo es su contenido e incluso su formulación equivalente. En efecto, Pablo VI, en *Evangelii Nuntiandi* (1975), invitó a preparar el tercer milenio cristiano con programas para una acción pastoral verdaderamente evangelizadora: “Que la luz del Año Santo... pueda difundirse igualmente después del Jubileo mediante un programa de acción pastoral, del que la evangelización es el aspecto fundamental, y se prolongue a lo largo de estos años que preanuncian la vigilia de un nuevo siglo, y la vigilia de un tercer milenio del cristianismo” (EN 81). En este contexto, Pablo VI presentaba a *María como estrella de la evangelización renovada*, en el sentido de presidir la comunidad eclesial que se prepara a recibir nuevas gracias del Espíritu Santo: En la mañana de Pentecostés, ella presidió con su oración el comienzo de la evangelización bajo el influjo del Espíritu Santo.

Sea ella la estrella de la evangelización siempre renovada que la Iglesia, dócil al mandato del Señor, debe promover y realizar, sobre todo en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza (EN 82).

La invitación a prepararse y a comprometerse para una “nueva evangelización” está relacionada con la imagen de la *Iglesia reunida en cenáculo con María*. Este ha sido un tema repetido en los documentos posconciliares; siguiendo la línea del decreto conciliar *Ad Gentes* n. 4. Además de la invitación de *Evangelii Nuntiandi* (que acabamos de citar), hay que recordar la encíclica *Redemptor Hominis: Espero que, gracias a esta oración*, podamos recibir el Espíritu Santo que desciende sobre nosotros, y convertirnos de este modo en testigos de Cristo hasta los últimos confines de la tierra (RH 22). En este sentido se puede hablar de “un nuevo adviento de la humanidad” (RH 1, 20, 22), de una época hambrienta de Espíritu (RH 18), en una “nueva etapa de la vida de la Iglesia (2).

La Iglesia debe prepararse y comprometerse para responder a *una nueva época de evangelización*: nueva en su *ardor* (por la disponibilidad misionera de los evangelizadores), Nueva en sus *métodos* (por un mejor aprovechamiento de los nuevos medios de apostolado), nueva en sus *expresiones* (por la adaptación de la doctrina y de la práctica cristiana sin disminuir sus principios y exigencias evangélicas).

2. Nuevas situaciones y nueva acción evangelizadora

La Iglesia se encuentra ante *situaciones nuevas*, que hay que afrontar con energía y *gracias nuevas*. La sociedad actual tiende hacia el poseer, el disfrutar, la eficacia inmediata y el proceso ilimitado en todos los campos. Si, por una parte, deja entrever una *línea secularizante* y materialista, por otra parte manifiesta una sensación de vacío y una *sed de algo más*, a modo de “poderoso y trágico llamamiento a su evangelización” (EN 55; cf. EN 76). Se corre el riesgo de sumergirse en una nueva cultura desprovista de valores permanentes.

-
2. Ver otros documentos: *Catechesi tradendae* 72-73, *Dives in Misericordia* 15 *Dominum et Vivificantem* 25 y 66; *Redemptoris Mater* 24. “En la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la Encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María. En ambos casos su presencia discreta, pero esencial, indica el camino del nacimiento del Espíritu... También en la Iglesia ella sigue siendo una presencia materna” (RM 24). Ver estudios sobre este tema en: J. ESQUERDA BIFET, *L'azione dello Spirito Santo nella maternità e missionarietà della Chiesa*, en: *Credo in Spiritum Sanctum*, Roma, Lib. Edit. Vaticana 1983, 1293 - 1306. También: *En cenáculo con María, Iglesia misionera hacia el año 2000*, México 1987.

Sigue siendo válida la descripción del concilio Vaticano II sobre la situación actual: En nuestros días, el género humano, admirado de sus propios descubrimientos y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y la misión del hombre en el universo, sobre el sentido de los esfuerzos individuales y colectivos, sobre el destino último de las cosas y de la humanidad" (GS 3).

Parece que nuestra sociedad actual se prepara para pasar a un "nuevo período de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados" (GS 4). Mientras se dispone de nuevos medios para construir una humanidad como familia de hermanos, basados en la solidaridad universal, al mismo tiempo surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica (ibidem). (3).

Probablemente nos encontramos ante *el mayor desafío* que ha conocido la historia de la Iglesia, en cuanto que no se rechaza directamente a Dios ni a los valores evangélicos, sino que se pregunta qué pueden aportar esos valores al sentido de la existencia humana. Esa sociedad de línea secularizante pregunta sobre la *experiencia de Dios*, ante la sensación de un "silencio" y de una "ausencia" del mismo Dios. Es una sociedad "icónica", que pide signos, testigos y experiencias. Las ansias de *unidad universal* tropiezan con la realidad del corazón humano, que "sienten en sí mismos la división, que tantas y tan graves discordias produce en la sociedad"(GS 10).

La Iglesia se encuentra, pues, en el nuevo "arcópag" de una sociedad que necesita testigos del *misterio de Cristo*, para iluminar el misterio *del hombre* y para construir una humanidad unificada por el amor. Está en juego el cómo descifrar el misterio del hombre, de su existencia y de su convivencia e historia, a la luz del misterio de Cristo.

La *paradoja* del momento actual consiste en que esta sociedad secularizante, desunida y alejada del evangelio, busca ansiosamente a un Dios que sea cercano a los problemas del hombre. Se intuye que sin Dios

-
3. La nueva evangelización reclama de la misma Iglesia una actitud de mayor solidaridad y *comunión*, para colaborar en la construcción de una humanidad basada en el amor. Se percibe, a la luz de la fe, un nuevo modelo de unidad del género humano, en el cual debe inspirarse en última instancia la solidaridad. Este supremo modelo de unidad, reflejo de la vida íntima de Dios, Uno en tres Personas, es lo que los cristianos expresamos con la palabra 'comunión'. Esta comunión, específicamente cristiana, celosamente custodiada, extendida y enriquecida con la ayuda del Señor, es el alma de la vocación de la Iglesia a ser 'sacramento', en el sentido ya indicado" (*Sollicitudo rei socialis* 40).

la vida sería un absurdo; pero ese Dios parece ser extraño al problema del dolor, del mal y de la muerte. *Se buscan testigos* que hayan encontrado a Dios en las mismas circunstancias en que viven y han vivido los demás mortales en toda la historia humana. “Paradójicamente, el mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios lo busca, sin embargo, por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige de los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al invisible” (EN 76).

La Iglesia, como comunidad de creyentes en Cristo, se plantea *tres preguntas acuciantes*:

- ¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre?
- ¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy?
- ¿Con qué métodos hay que proclamar el evangelio para que su poder sea eficaz? (EN 4).

El momento actual puede, pues, presentar “el desafío más radical que ha conocido la historia”. La Iglesia está llamada a “dar un alma a la sociedad moderna”, evangelizando “en términos totalmente nuevos”, para “proponer una nueva síntesis creativa entre evangelio y vida”. Los evangelizadores deben ser “expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen en sus gozos y esperanzas... y, al mismo tiempo, sean contemplativos enamorados de Dios”, capaces de “poner el mundo moderno en contacto con las energías vivificantes del evangelio” (Juan Pablo II, Discurso al Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, 11.10.85). (4).

La tarea de la Iglesia en cada nueva época consiste en emprender *una acción evangelizadora* que responda a las *nuevas situaciones*. La Iglesia “existe para evangelizar” (EN 14), porque nacida de la misión de Jesucristo, es enviada por él (EN 15). La naturaleza de la evangeliza-

4. El discurso de Juan Pablo II en la inauguración del CELAM III, en Puebla (28.1.79), recuerda la necesidad y urgencia actual de anunciar “la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre la Iglesia, la verdad sobre el mundo” (cf. *Puebla* 484).

ción tiene diversas perspectivas: "Evangelizar significa llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influencia, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad" (EN 18), alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los intereses, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación (EN 19). Todo cristiano participa de esta misión evangelizadora, pero, de modo especial, los sacerdotes ministros, las personas consagradas y los laicos comprometidos.

La nueva evangelización debe llegar al *hombre concreto* en toda su hondura de criterios, escala de valores y actitudes, así como a la *comunidad humana* en su propia cultura y situación histórica y social. "A partir de la persona llamada a la comunión con Dios y con los hermanos, el evangelio debe penetrar en su corazón, en sus experiencias y modelos de vida, en su cultura y ambientes, para hacer una nueva humanidad con hombres nuevos y encaminar a todos hacia una nueva manera de ser, de juzgar, de vivir y de convivir. Todo esto es un servicio que nos urge" (Puebla 350).

Una nueva evangelización reclama la *inserción* de la Iglesia en una *nueva cultura naciente* de dimensiones cósmicas. Se trata de evangelizar al hombre concreto en sus circunstancias sociológicas e históricas. "Este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión ...a través del misterio de la Encarnación y de la redención" (RH 14). Pero esta actuación misionera de la Iglesia apunta a una renovación del corazón del hombre: "No se avanzará en este camino difícil de las indispensables transformaciones de la estructura de la vida económica, si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones" (RH 16).

3. Renovación de la comunidad eclesial para una nueva evangelización

En todas las épocas de la historia de la Iglesia, ante una nueva situación humana o eclesial, se ha sentido la necesidad de una mayor renovación evangélica. Nuestra época postconciliar del Vaticano II, que se encuadra entre dos milenios, nos indica que "el concilio ecuménico representa el fundamento y el comienzo de una gigantesca obra de evangelización del mundo moderno" (Juan Pablo II, Discurso 11.10.85). Por esto se necesitan "nuevos santos para evangelizar el hombre de hoy" (*ibidem*).

En la exhortación apostólica sobre el laicado, el Papa insiste en una *renovación evangélica* por parte de toda la Iglesia: El concilio Vaticano II ha pronunciado palabras altamente luminosas sobre la vocación universal a la santidad. Se puede decir que precisamente esta llamada ha sido la consigna fundamental confiada a todos los hijos e hijas de la Iglesia, por un concilio convocado para la renovación evangélica de la vida cristiana... Es urgente, hoy más que nunca, que todos los cristianos vuelvan a emprender el camino de la renovación evangélica (*Christifideles laici* 16).

Se abren nuevos campos de evangelización, que necesitan ver un cristianismo y una Iglesia más renovada, al estilo de los santos y según las líneas conciliares: “La Iglesia encierra en su propio seno a pecadores y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y la renovación” (LG 8).

Esta renovación evangélica se concreta en una transparencia del misterio de Cristo y de su mensaje. Entonces “la claridad de Cristo resplandece sobre la faz de la Iglesia” (LG 1). Es siempre renovación en el *Espíritu*, que guió a Cristo hacia el *desierto* (oración), hacia la predicación y hacia la *evangelización de los pobres* (Lc 4, 1-18). Por esto, “el Espíritu Santo... con la fuerza del evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo” (LG 4).

Una nueva evangelización reclama *nueva disponibilidad* por parte de los evangelizadores. El acierto en la metodología pastoral y en las expresiones doctrinales y prácticas, depende en gran medida de la disponibilidad del corazón. Los conceptos y las explicaciones sobre la misión nacen siempre de actitudes previas del corazón hacia la persona de Cristo en toda su realidad de Hijo de Dios, hecho hermano nuestro, muerto y resucitado, Salvador universal.

La *toma de conciencia* sobre la propia *responsabilidad misionera* actual, de parte de personas y de las instituciones y comunidades, depende de una *profunda renovación interior* (no interiorista), que se traduce en convicciones, decisiones y compromisos concretos: “Como la Iglesia es toda ella misionera y la obra de la evangelización es deber fundamental del Pueblo de Dios, el concilio invita a todos a una profunda renovación interior, a fin de que, teniendo viva conciencia de la propia responsabilidad en la difusión del evangelio, acepten su participación en la obra misionera entre los gentiles” (AG 35).

Pablo VI propuso a toda la Iglesia un examen sobre su disponibilidad y preparación evangelizadora, a partir de una profunda renovación espiritual. He aquí sus preguntas incisivas:

“¿Qué es de la Iglesia, (diez) años después del concilio? ¿Está anclada en el corazón del mundo y es suficientemente libre e independiente para interpretar al mundo? ¿Da testimonio de la propia solidaridad hacia los hombres y al mismo tiempo del Dios Absoluto? ¿Ha ganado en ardor contemplativo y de adoración, y pone más celo en la actividad misionera, caritativa, liberadora? ¿Es suficiente su empeño en el esfuerzo de buscar el restablecimiento de la plena unidad entre los cristianos, lo cual hace más eficaz el testimonio común, con el fin de que el mundo crea?” (EN 76).

Una “Iglesia del nuevo advenimiento”, que vive siempre en “estado de misión” (RH 20), es una Iglesia cercana al hombre. Su capacidad de inserción y de servicio, nace de su propia inserción en el corazón y en el mensaje de Cristo.

La verdad sobre *Cristo*, sobre el *hombre* y sobre el *mundo*, aparecen en una *Iglesia* “cuerpo” (expresión de Cristo), “pueblo” (propiedad espousal de Cristo, “reino” (inicio y anunciadora del reino definitivo), “sacramento” (signo transparente y portador de Cristo), “esposa” y “madre” (fiel a Cristo e instrumento de su vida divina).

Solamente una auténtica renovación eclesial, de línea evangélica, es decir, de actitud oracional, relacional y de compromiso de caridad, dará paso a un *discernimiento acertado* y a una verdadera *disponibilidad misionera*. Es la renovación que se realiza en toda época histórica a la luz de las bienaventuranzas, del Padre nuestro, del mandato del amor y del bautismo.

A la nueva evangelización se le abren *nuevos campos de evangelización*, en cuanto que las circunstancias de los mismos han cambiado profundamente. De ahí que se pueda hablar de “opción preferencial” (no exclusiva ni excluyente) por los *pobres* y los *jóvenes* (*Puebla* 1134-1205), y de atención particular a la *familia*, al campo del *trabajo*, de la *justicia social*, de la *cultura*, etc.

La Iglesia está llamada a hacer llegar el evangelio hasta el corazón de los pueblos y de las *culturas*. Los elementos fundamentales de toda situación humana tienen siempre una raíz cultural. La cultura es un

conjunto de criterios, valores y actitudes del hombre frente a la realidad del cosmos sin olvidar la trascendencia humana. Hay que anunciar el misterio del Verbo encarnado (Jn 1, 14) en las circunstancias humanas concretas, para valorarlas, purificarlas y llevarlas a la plenitud en Cristo. El apóstol necesita una actitud de fidelidad y de "inculturación", previa en el mismo evangelio para poder transmitirlo e insertarlo adecuadamente. (5).

La renovación de la comunidad eclesial dará como fruto un nuevo modelo de Iglesia, en el sentido de hacerla más transparente de evangelio y más cercana al hombre de hoy. La renovación es siempre una fidelidad más generosa. La dinámica misionera de la Iglesia no deriva de una nueva teoría sobre la misión, sino de una vivencia más comprometida del *mandato misionero* confiado por Cristo a la misma Iglesia en cuanto tal.

4. Renovación de los agentes de pastoral

Cuando hablamos de renovación nos referimos principalmente a la renovación evangélica de las personas que componemos la Iglesia y, de modo particular, a todos los creyentes en cuanto "Apóstoles", es decir, como agentes de pastoral. Entre estos agentes hay que destacar a las personas que asumen algún compromiso más permanente.

Los campos que se abren para una nueva evangelización se descubren por un proceso de *discernimiento de los signos de los tiempos*. Los acontecimientos, iluminados por la palabra de Dios, dejan entrever los planes salvíficos de Dios, que llaman a más contemplación y a más compromiso de caridad: "El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios" (GS 11). Sólo así es posible "escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad" (GS 4).

-
5. El tema de la *inserción* presenta diversas facetas ("encarnación", "inmanencia", "liberación", "cercanía", "inculturación", etc.). El problema viene tratándose desde antes del concilio Vaticano II, cambiando de nombre y de aplicación. Todas esas facetas tienen la misma base teológica, con diversas aplicaciones concretas. Actualmente se aplica a la vida consagrada como *insertada* en el mundo. Respecto a la "inserción" en la cultura ("inculturación"): LG 13, 17; GS 53 - 58, 62; AG 3, 10-11; en 63 - 65; RH 12; Puebla 172 - 178; 385 - 443. Ver documento de la Comisión Teológica Internacional (octubre de 1988): *Fe y culturas*, en: "La Civiltà Cattolica" 140 (1989) pp. 158 - 177.

Este discernimiento de los acontecimientos es siempre a la *luz de la palabra de Dios y del Espíritu Santo*: “Es propio del todo el pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada” (GS 44). La presencia, luz y acción del Espíritu Santo lleva siempre hacia el “desierto” (oración) y hacia la caridad o evangelización de los pobres (Lc 4, 1-18; cf. EN 75).

En una nueva evangelización, el problema más urgente es el de la renovación de los agentes de pastoral. Las “actitudes interiores del apóstol” (EN 74) son garantía de la autenticidad de la evangelización.

Estas actitudes de *espiritualidad apostólica* se concretan en convicciones y decisiones como respuesta a las nuevas gracias de Dios, que convierte al Apóstol de hoy en signo creíble y transparente del evangelio. Se trata de la *autenticidad* como testimonio de experiencia de Dios (EN 76), servicio de la *unidad* que construye la comunidad en el amor de comunión (EN 77), servicio de la *verdad evangélica* íntegra y de valor universal (EN 78), dedicación al apostolado con el amor o *celo apostólico* de los santos evangelizadores (EN 79 - 80), servicio de *maternidad de Iglesia* que encuentra en *María* su figura o personificación (EN 81- 82).

Estas cualidades del Apóstol son exigencias del *dinamismo evangelizador de la Iglesia*, que “da testimonio de Dios, revelado en Cristo por el Espíritu..., anuncia la Buena Nueva..., engendra la fe que es conversión del corazón, da la vida..., conduce al ingreso en la comunidad de los fieles que perseveran en la oración, en la convivencia fraterna y celebran la fe y los sacramentos de la fe, cuya cumbre es la eucaristía” (*Puebla 356-359*).

Evangelizar al hombre en su situación concreta es un proceso de *liberación*, que no puede realizarse sin Apóstoles impregnados de evangelio. La liberación integral cristiana está marcada por el signo de la *esperanza*. Es liberación que abarca todo el ser humano, “inclusive la dimensión política” (*Puebla 515*) y lo orienta hacia el “más allá del tiempo y de la historia... más allá del hombre mismo” (EN 28). Es liberación inmanente y trascendente (EN 27), que hace de todo hombre y de toda la comunidad una imagen de Dios Amor. Los medios para conseguir esta liberación serán, pues, “evangélicos”, inspirados en el mandato del amor y en las

bienaventuranzas. Los evangelizadores necesitan una actitud contemplativa de fidelidad a la palabra y una vida de auténtica pobreza. (6).

La renovación de los agentes de pastoral se traduce en una más ilusionada y tenaz acción evangelizadora. Para emprender una nueva evangelización, los Apóstoles de hoy deben renovarse en su actitud relacional con Dios (*contemplación*), en la capacidad de insertarse en el mundo (*inserción*), en la coherencia con el evangelio (*autenticidad*) y en el sentido de trascendencia (*esperanza*).

5. Renovación según los carismas de la propia vocación y estado de vida

Toda renovación cristiana se realiza siempre a la luz del “Padre nuestro”, de las “bienaventuranzas” y del “mandato del amor”. Se trata de ahondar en la actitud filial y relacional con Dios (*oración*) y en la caridad, a ejemplo de Cristo y en unión con él. Por esto, es una actitud de *bautismo* o de configuración con Cristo.

Más allá del propio carisma y vocación específica, y precisamente en la base de esa realidad vocacional, está la *vocación cristiana* a la perfección y al apostolado. Si no hubiera renovación en estas raíces cristianas, no habría tampoco renovación en la vocación específica y estado de vida.

La actitud cristiana más profunda es *relacional*: Encuentro con Cristo, seguimiento, unión, amistad, imitación... A partir de ahí es posible la propia transformación (configuración) en Cristo. Es una dinámica de “vida en el Espíritu” (Rom 8, 9), “vida en Cristo” (Col 3, 3), vida en Dios Amor: “En el Espíritu, por Cristo, al Padre” (Ef 2, 18).

Todo cristiano se compromete a *compartir la vida con Cristo*, a raíz de una opción fundamental por él. Este supone una *actitud coherente*, como proceso de sintonía con los cristianos de Cristo, con su escala de valores y con sus actitudes. Es la actitud “teológica” (virtudes teológicas) de fe (pensar como Cristo), esperanza (sentir o valorar las cosas como Cristo), caridad (amar como Cristo), que se concreta en las virtudes morales y que se refuerza con los dones del Espíritu Santo.

6. La “inserción” evangélica del apóstol entre los pobres exige una actitud de *pobreza de corazón* (contemplación de la palabra de Dios) y de *pobreza de vida* (desprendimiento real para darse a sí mismo). Esta actitud es indispensable para realizar la liberación integral. Ver: *Instrucción sobre la libertad cristiana y liberación*, 22 de marzo de 1986, n 67 - 70; Puebla 470 - 562.

Esta vocación, aceptada y vivida gozosamente, para ser santo y apóstol, se concreta en lo que podríamos llamar "estado de vida": *laicado, vida consagrada, sacerdocio ministerial*.

El eventual fallo previo en las exigencias de la vocación cristiana a la perfección y al apostolado, comportaría un desfase y una desorientación en la vocación específica. Al mismo tiempo, los carismas específicos personales o de la propia institución (movimientos apostólicos o espirituales, instituciones de vida consagrada, Iglesias particulares, Presbiterio, etc.), matizan tanto el estado de vida asumido, como las raíces de la vocación cristiana común. La renovación según los carismas funcionales de la propia institución consiste en la fidelidad a los orígenes y la apertura armónica a las nuevas gracias de Dios en épocas sucesivas (7).

La fidelidad a las nuevas situaciones, que comportan nuevas gracias, sólo es posible a partir de una profundización más fiel y generosa respecto a los carismas y vocaciones específicas. No existiría renovación cristiana de ninguna vocación, sin "renovación evangélica" (*Christifideles laici* 16).

La *renovación del laicado*, para una nueva evangelización, abarca diversos aspectos: *inserción* en las estructuras humanas, a modo de *fermento* o de *valores evangélicos*, en *comunión* de Iglesia, con la *responsabilidad misionera* que comporta esta vocación específica (cf. LG 31). "La condición eclesial de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su novedad cristiana y caracterizada por su índole secular" (*Christifideles laici* 15; cf. nn. 5, 7, 14, 64).

La *renovación de la vida consagrada* por la práctica permanente de los consejos evangélicos, está en la línea de ser "signo y estímulo de la caridad" (LG 42). Es el signo fuerte y expresivo de cómo ama Jesús: Dándose él mismo (pobreza), sin pertenecerse (obediencia), como consorte o esposo de toda la humanidad (castidad o virginidad). La vida consagrada es "expresión más plena de la consagración bautismal". (*Redemptionis donum* 7,) que tiene que vivirse con "la alegría de pertenecer exclusivamente a Dios" (ibidem 8). Su "participación en el apostolado de la Iglesia" nace del "testimonio de amor sponsal a Cristo" (ibi-

7. Ver: F. CIARDI, *Los fundadores, hombres del Espíritu, para una teología del carisma del fundador*, Madrid, Paulinas 1983 (*I Fondatori uomini dello Spirito, per una teologia del carisma di fondatore*, Città Nuova 1982).

dem 15) y una consagración “según el modelo de la consagración de la misma Madre de Dios” (ibidem 17).

La *renovación del sacerdocio ministerial* está en la línea de ser signo personal (sacramental) del Buen Pastor, Cabeza de la Iglesia y Sacerdote. Para obrar “en su nombre” o “en persona de Cristo” (PO 2), se necesita presentar el testimonio de un *seguimiento evangélico*, como el de los Apóstoles, que es pauta de todo seguimiento. En cada época histórica es necesario presentar con claridad la fisonomía del Buen Pastor que “da la vida” (Jn 10, 11s), a través de una actitud de *servicio* (PO 1), de misión que consagra toda la vida (PO 2), de comunión o “fraternidad sacramental” (PO 8), de “misión universal” (PO 10), que se manifiesta en el “gozo pascual” de dar el “máximo testimonio del amor” (PO 11), como “instrumento vivo de Cristo Sacerdote” (PO 12) y como “santidad ejerciendo incansablemente sus ministerios en el Espíritu de Cristo” (PO 13) y “ascesis propia del Pastor de almas” (PO 13). Para poder hacer este “servicio de la nueva humanidad” (PO 16), hay que presentar en la propia vida las virtudes del Buen Pastor, que fue pobre, obediente y casto (PO 15-17).

Toda vocación cristiana (laical, religiosa o consagrada y sacerdotal) se renueva por una mayor imitación de la *vida apostólica* de los doce Apóstoles: Seguimiento evangélico, disponibilidad misionera, fraternidad o vida comunitaria.

6. Renovación como servicio y amor a la Iglesia, misterio, comunión y misión

Para responder a las exigencias de una nueva evangelización es necesario profundizar en el “sentido” de la Iglesia, concretado en *servicio y amor* a su realidad de misterio (signo de la presencia de Cristo), comunión (fraternidad) y misión (comunidad evangelizadora). La renovación cristiana tiene siempre dimensión personal y eclesial.

El punto de partida del concilio Vaticano II es la realidad de Iglesia “sacramento” o “misterio”, es decir, signo transparente y portador de Cristo. Esta misma realidad es de fraternidad (comunión) y de misión evangelizadora: “Ya que la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal” (LG 1).

En la medida en que cada persona e institución eclesial tenga conciencia de esta realidad de fe, se convertirá en *signo eficaz de evangeli-*

zación. La Iglesia primitiva será siempre el punto de referencia de toda renovación eclesial auténtica: Una comunidad eclesial que, con María, escucha la palabra, celebra la eucaristía, comparte los bienes, es un "solo corazón y una sola alma". De este modo, recibe nuevas gracias del Espíritu Santo para evangelizar "con audacia" (Hechos 1, 14; 2, 42-47; 4, 31-34).

Cada vocación, estado de vida, institución y carisma, tiene dimensión eclesial y misionera. Todo es para servir y amar a la Iglesia, no para servirse de la Iglesia. De este modo todo servirá a la edificación del único cuerpo de Cristo y único Pueblo de Dios (1 Cor 12, 12). No habría respuesta adecuada a la llamada para una nueva evangelización, si no se profundizara en el sentido del amor de Iglesia: "Amó a la Iglesia y se entregó en sacrificio por ella" (Ef 2, 25).

La *vida laical* se inserta en el mundo para impregnarlo de espíritu evangélico. El grado de esta "inserción" radica en la "renovación evangélica" (*Christifideles Laici* 16), vivida en la comunión y en la misión de Iglesia. "La comunión genera comunión, y esencialmente se configura como comunión misionera... La comunión representa la fuente y el fruto de la misión: La comunión es misionera y la misión es para la comunión". (ibidem, 32).

La *vida consagrada* forma parte del *misterio* de la Iglesia como signo fuerte de las bienaventuranzas, "signo y estímulo de la caridad" (LG 42). No es una fuerza humana apoyada en el número o en las cualidades, sino un poder evangélico puesto al *servicio incondicional* de la comunión y de la misión de la Iglesia. "En el apostolado que desarrollan las personas consagradas, su amor sponsal por Cristo se convierte de modo casi orgánico en *amor por la Iglesia* como Cuerpo de Cristo, por la Iglesia como Pueblo de Dios, por la Iglesia que es a la vez Esposa y Madre" (*Redemptionis donum* 15).

El *sacerdocio ministerial* es ministerio o servicio especial a Cristo prolongado en la Iglesia. Por esto "la fidelidad a Cristo no puede separarse de la fidelidad a la Iglesia" (PO 14). Formar parte del signo "sacramental" de la Iglesia comporta vivir de modo especial la comunión y la misión. Los sacerdotes ministros "hallarán la unidad de su propia vida en la unidad misma de la misión de la Iglesia" (PO 14). La espiritualidad sacerdotal ante una nueva evangelización comporta la toma de conciencia de *ser* y de *hacer* Iglesia madre. "Que la verdad sobre la ma-

ternidad de la Iglesia, a ejemplo de la Madre de Dios, se haga más cercana a nuestra conciencia sacerdotal... Se trata de una característica de nuestra personalidad sacerdotal, que expresa precisamente su madurez apostólica y su fecundidad espiritual” (Juan Pablo II, Carta del Jueves Santo, 1988).

Hay *servicios especiales de Iglesia* que tienen una repercusión insospechable para la nueva evangelización. Son *servicios relacionados con los carismas de dirección*, que siempre apuntan a la construcción de la unidad en la caridad: Organismos de la curia romana, curias generalicias y diocesanas, institutos de educación, etc. Son carismas estrechamente relacionados con el carisma de Pedro (que “preside la caridad universal”), con el carisma de los Apóstoles, con el carisma de los fundadores. La renovación de estos servicios debe ser en la línea de la contemplación de la palabra y de la vida de pobreza, para dejar transparentar esos dones o carismas del Espíritu Santo. (8).

La *unidad vital* entre personas, comunidades, vocaciones, ministerios, instituciones, etc, cuando se basa en la *comunidad eclesial*, se convierte en signo eficaz de evangelización (cf. Jn 17, 28), es decir, en “un hecho evangelizador” (*Puebla* 663).

Entre todos los que integramos armónicamente la Iglesia, formamos una nueva “maternidad en el Espíritu Santo”, cuya máxima expresión se encuentra en María Madre de la Iglesia (*Redemptionis Mater* 44).

7. Nueva evangelización: aportación del evangelio al nacimiento de una nueva cultura

La comunidad humana se construye en un caminar histórico, con coordenadas de espacio y de tiempo. La igualdad fundamental de todo ser humano abarca épocas históricas diferentes y elaboraciones culturales diversas, dentro de una herencia común que va enriqueciendo con los valores particulares de cada pueblo y de cada persona.

A través de la historia, se han *sucedido cambios culturales* de gran envergadura: paso de una sociedad agrícola a una sociedad industrial o tec-

8. Ver la parte introductiva de la Constitución Apostólica *Pastor Bonus* (20 de noviembre de 1982). Hay que recordar que el amor de los santos a la Iglesia se expresaba en una actitud de “comunidad” nacida de un verdadero espíritu de contemplación y de una vida de auténtica pobreza evangélica. Ver: AA.VV., *Mysterium Ecclesiae in conscientia sanctorum*, Roma, Teresianum 1967; *La Chiesa sacramento di comunione*, Roma, Teresianum 1979; M. J. LE GUILLOU, *Mission et unit é, les exigences de la comunión*, Paris 1964; H. de LUBAC, *Meditaciones sobre la Iglesia*, Madrid, Encuentro 1980.

nológica, movimientos migratorios intercontinentales, “encuentros” de otros continentes, etc. El paso al tercer milenio del cristianismo parece señalar el inicio de una época cultural nueva, con todos sus riesgos, ventajas, méritos y defectos.

Los elementos básicos de una cultura se resumen en tres relaciones: Relación del hombre con sus semejantes, relación con el cosmos, relación con la trascendencia o el más allá (Dios). El evangelio se anunció y sigue anunciándose a culturas diferentes, para respetar y salvar los valores auténticos, purificarlos de posibles escorias y llevarlos a una plenitud en Cristo. (9).

La urgencia básica de una nueva evangelización es debida principalmente a este cambio cultural o también a la situación cultural presente que tiene el riesgo de perder grandes valores auténticos acuñados durante siglos. Es ya un motivo para una nueva evangelización el hecho de descubrir los valores culturales del pasado (por ejemplo, las raíces culturales cristianas del Occidente, los valores de la piedad popular, etc). Se trata de salvar estos valores de una posible pérdida y de convertirlos en factores determinantes de una nueva época histórica y cultural. También será motivo de una nueva evangelización el individualizar y apreciar los valores culturales de una Iglesia local y de un pueblo, para prepararlos a un encuentro con el evangelio.

Parece que la urgencia mayor de una nueva evangelización proviene de *un cambio cultural* que se está gestando a nivel cósmico, y que puede determinar los cambios del futuro de la humanidad: Informática y telemática, dominio de las leyes de la genética, descubrimiento del universo, megalópolis, movilidad humana pluralista a nivel mundial, sentido de solidaridad universal...

La Iglesia, en personas y estructuras, necesita ser un *signo creíble* del evangelio para insertarse en este proceso actual de cambio cultural (modernidad). La autenticidad evangélica debe armonizarse con el análisis verdaderamente científico de la realidad humana geográfica, histórica y situacional.

9. Definición de la “inculturación”, según la Comisión Teológica Internacional: “Il proceso d’inculturazione può definirsi come lo sforzo della Chiesa per far penetrare il messaggio di Cristo in un determinato ambiente socio culturale, invitandolo a credere secondo tutti i suoi valori propri, dato che questi sono conciliabili con il Vangelo” (n. 11 del Documento “Fede e inculturazione”, citado arriba en la nota 5).

En una sociedad, que tiende hacia los *valores palpables e inmediatos*, pero que no deja de sentir la *sed de Dios* y de trascendencia, se necesita presentar una *Iglesia* (y unos creyentes) que sea *signo creíble del encuentro con Dios* y con Cristo su Hijo resucitado (*Iglesia misterio*). La cultura, en su nivel de relación del hombre con el ambiente, necesita ver el signo de trascendencia y de valores permanentes, para apreciar mejor lo palpable y para convertirlo en una actitud de compartir como hermanos de un presente y de un futuro. La "ecología" recobra su valor a la luz de la trascendencia y de la escatología o encuentro final de la humanidad y de la creación con Cristo resucitado.

En una sociedad que ha producido *divisiones y desigualdades* absurdas, pero que hoy siente más que nunca el deseo de *unidad y de solidaridad*, se necesita presentar una comunidad eclesial que sea factor de *unidad y comunión* (cf. Sollicitudo Rei Socialis 40).

En una sociedad que parece *alejada de los valores permanentes del evangelio*, pero que aprecia tal vez más que en otras épocas la persona de Cristo, se necesitan signos vivientes y *testigos del evangelio* que vivan su dimensión misionera comprometida a nivel personal y social.

El evangelio no es extraño ni forastero a ninguna cultura, como tampoco se identifica con alguna de ellas. Pero "sólo desde dentro y a través de la cultura, la fe cristiana llega a hacerse histórica y creadora de la historia" (*Christifideles Laici* 44). La construcción del Reino, que ya se inicia en esta tierra "convocando" a la comunidad humana en torno a Cristo (Eclesia), es una síntesis creativa entre evangelio y vida cultural. "El evangelio, y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el Reino que anuncia el evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del Reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas" (EN 20).

La *nueva cultura naciente* puede desembocar en un secularismo feroz, que seguiría marginando a los pueblos pobres y que seguiría segando vidas endebles y vidas en flor; sería una cultura de muerte. También podría llegar a identificar al hombre con su ambiente material, esclavizándolo en su riqueza y progreso inmediato, y cortándole toda posibilidad de pensar por sí mismo sobre el sentido de la vida y de la trascendencia; sería la esclavitud más monstruosa producida por la historia. Pero también puede llegar a ser *una cultura de solidaridad humana* basa-

da en la comunión de hermanos, que logre recuperar el verdadero “yo” de la persona (como *donación*, a imagen de Dios Amor) y que haga del cosmos un hogar en armonía para todos, como preparación de “un nuevo cielo y de una nueva tierra” (Apoc. 21, 1).

Esta *nueva cultura de “comunión”* es posible, si se emprende audazmente *una nueva evangelización* por parte de personas y de comunidades que sean testigos de las bienaventuranzas y del mandato del amor. El efecto de la nueva evangelización se producirá por un proceso de “ósmosis” de los valores cristianos, que impregnan cada vez más la vida personal y social, hasta hacer más explícita y comprometida la aceptación de la persona y del mensaje de Cristo. Este proceso de “ósmosis” supone, al mismo tiempo, el anuncio explícito y el testimonio claro.

Mientras esta nueva evangelización se vaya llevando a efecto, las miserias humanas no dejarán de existir, debido a las consecuencias del pecado original y a las nuevas formas de egoísmo humano que tienen lugar en cada época histórica. Por esto hay que apuntar a *nuevas formas de caridad*, que lleguen a los más pobres y a los *nuevos pobres*.

El mensaje evangélico, anunciado “nuevamente” en cada época histórica y en cada cambio de cultura, se hace signo viviente en cada persona y en cada comunidad eclesial, para “gritar” que Dios Amor, revelado por Cristo, ama a cada ser humano de modo irrepetible y que le capacita para amar y cumplir una misión terrena también irrepetible.

La aportación del evangelio a una nueva cultura naciente consistirá en hacer realidad el proyecto progresivo de liberación integral del hombre y de la sociedad, para llegar a ser, cada vez más, la “civilización del amor” (Pablo VI). El anuncio más claro del mensaje evangélico (que incluye el testimonio de testigos auténticos y coherentes) insertará en el mundo una cultura de solidaridad y de “comunión”, basada en el mandato de amor.

La “cultura” del tener, poseer y disfrutar, es cultura de muerte porque margina a millones de seres vivientes. La *cultura del ser* se construye con la actitud de donación. “El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud, si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (GS 24). “El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene” (GS 35). Esta cultura ha tenido origen en el *misterio de la encarnación* (GS 22). Necesitamos una *nueva evangelización* para la *civilización del amor* (Juan Pablo II, Santo Domingo, 1984).